

SAN TORO Y LA DANZA DE VIEJOS EN PANTEPEC

MARCO DARÍO GARCÍA FRANCO Y PEDRO REYES ROLÓN



Marco Darío García es antropólogo social; Pedro Reyes Rolón es promotor cultural.

Porque el presente trabajo no hubiera sido posible sin su colaboración, agradecemos la ayuda de don Guadalupe Márquez Téllez, don Domingo Diego Francisco, don Cruz Téllez Cruz y don Anastasio "Tachito" Rosales Vargas.

Enclavado en la parte norte del estado de Puebla, el municipio de Pantepec está conformado por 32 localidades entre las que destacan Mecapalapa, Tenexco, Ixtololoyola y Ceiba Chica; lo recorren los ríos Cazones, Tepezala y María Andrea; la cabecera municipal es Pantepec, que tiene una población de aproximadamente dos mil personas.

Pantepec es un poblado mestizo de origen totonaca. Todos los habitantes hablan español y sólo conservan la lengua totonaca algunos ancianos y sus descendientes cercanos. Si bien los niños tienen el libro de totonaca que distribuye la Secretaría de Educación Pública (SEP), no lo hablan de forma cotidiana. La población se dedica principalmente a la siembra de café, maíz, palmilla, papaya, cempasúchil, cítricos, plátano y, en menor grado, a la ganadería y a la cría de cerdo, pollo y guajolote para el autoconsumo.

LA FIESTA DE TODOS SANTOS

La fiesta es denominada comúnmente Todos Santos, pero algunos ancianos, al pedirles el nombre de la fiesta en totonaco, contestaron San Toro, palabra derivada del náhuatl *xantolo*.¹

La fiesta de Todos Santos se prepara con mucha antelación, ya que desde una semana antes hay que conseguir todos los elementos de la ofrenda: comprar un guajolote en caso de no tenerlos, preparar los tamales de mole y carne de cerdo, recolectar pepita para el pascal (mole de pipián y chile ancho), conseguir las flores de cempasúchil y mano de león, comprar el pan de muerto, etcétera.

La fiesta reviste una importancia capital para el bienestar de la comunidad, pues en estas fechas las almas de los difuntos son liberadas del cielo para visitar a sus parientes, suceso que puede tener consecuencias be-

¹ *Xantolo*, según algunas fuentes, es resultado de la nahualización del vocablo latín *sanctorum*. N. del E.

néficas o funestas dependiendo de lo bien o lo mal que se haya seguido la tradición. Aunque la celebración ha pasado de ser una fiesta comunal a una celebración más bien familiar, de poca interacción con los vecinos, ésta se constituye como un momento clave para reafirmar valores morales y comunitarios que le dan identidad y sentido de pertenencia a la población. Así sucede cuando el día 3 la gente acude al panteón local para visitar a sus parientes enterrados. Para esta fecha algunos ya han barbechado y pintado o encalado la tumba, y si no lo han hecho lo hacen ese día; llevan flores de cempasúchil y nube, así como coronas elaboradas con unicel y celoseda, con alguna imagen religiosa al centro, compradas en las tiendas y puestos locales. Antiguamente se llevaban tríos de huapango, pero por alguna razón se dejó de hacer.

La ofrenda

Se coloca para recibir a las ánimas que visitan el hogar, para que estén contentas y coman y beban lo que ahí se les pone. Sin ofrenda los difuntos se entristecen y provocan calamidades en la familia.² A los muertos de bala o cuchillo la ofrenda se les pone a partir del 18 de octubre, día de San Lucas. Estas almas, por haber tenido una muerte violenta, no están en el cielo con las demás, por lo que se adelantan a Todos Santos; su ofrenda es colocada en el exterior de la casa, probablemente por temor a su poder contaminante.

La colocación de la ofrenda toma varios días. Los ancianos totonacas recuerdan que en los años treinta era colocada sobre un mantel en el piso; en la actualidad tanto totonacas como mestizos la ponen sobre una mesa en la estancia principal de la casa, de manera que quede frente a la entrada. Sobre la mesa se construye un armazón de carrizo que llega hasta el techo, que sirve para colocar una tela o plástico a manera de fondo y techo de la ofrenda, así como el arco de flores. La mesa se cubre con un mantel de tela o plástico de colores vivos; en los hogares totonacas este mantel está bordado con motivos florales o animales.

La elaboración del altar comienza el día 30 de octubre; en su manufactura es costumbre utilizar palmilla y flores que se pueden conseguir en el mercado o en las poblaciones vecinas, aunque la mayoría de los habitantes de Pantepec las siembra en sus terrenos de labranza. Sin embargo, es común que la gente las tome de terrenos ajenos, sin que este robo —por tratarse

² Véase "Leyendas en torno al Día de Muertos" en este mismo *Cuaderno*.

para los difuntos— se reclame. Además de las dos variedades de flor de cempasúchil, una más clara que la otra, el arco incluye flor mano de león, de tal manera que se logra un vistoso entramado de las tres flores sobre un fondo de palmilla.

Una vez montado el arco de flores, se cuelgan pencas de plátano y racimos de naranja y mandarina de los travesaños del techo de la casa frente al altar. Sobre el mantel se colocan panes que simulan figuras humanas (el llamado pan de muerto), refrescos, café, una barra de chocolate, un sahumador, veladoras y frutas. También se colocan las imágenes religiosas que se tengan en la casa, con cierta predominancia de la Virgen de Guadalupe, san Francisco y san Antonio. Cabe destacar que en la elaboración del altar es importante la participación de los niños, pues así aprenden y conservan esta tradición.

En tanto, las mujeres se encargan de preparar los *pulej*, tamales de mole rojo con carne de cerdo envueltos en hoja de papatlilla. Estos deben estar listos antes de las 12 horas del día siguiente, que es cuando las ánimas de los difuntos niños o angelitos salen del panteón.

Para que las ánimas o —como se les denomina cariñosamente— muer-titos encuentren el camino del panteón a su casa, los niños de la familia hacen un camino de pétalos de cempasúchil, a veces mezclado con cáscaras de pepita, que va del altar a la calle con rumbo al panteón.

El 31 de octubre, los *pulej* se colocan en platos u ollas de barro y se ofrecen a todo aquel que visita la casa. A partir de las 12 del día comienza Todos Santos. El momento exacto es señalado con el repicar de las campanas, que no debe parar sino hasta que termine la fiesta, el día 2 de noviembre a las 12 del día.

Don Cruz Téllez cuenta que cuando él era joven las campanas empezaban a repicar desde 15 días antes, es decir, el 16 de octubre. Esto era posible gracias a las largas trenzas de jonote que los topiles (jerarquía más baja del sistema religioso de cargos o mayordomías), se encargaban de hacer para facilitar que cualquier persona pudiera tañir las campanas sin necesidad de subir al campanario. Con este repicar se orienta a los difuntos en su camino al pueblo, al tiempo que es una forma de demostrarles que todos están de fiesta y contentos por su visita; el mismo papel cumple la quema de cohetes que no cesan en la semana. En otros tiempos era tal la cantidad

de cohetones lanzados al cielo que el ruido era ensordecedor; actualmente se reduce a ocasionales tronidos debido a los altos costos de los cohetones y al consumo de cohetes chinos, más baratos y chispeantes pero de sonido casi nulo.

Durante nuestra estadía en Pantepec el repicar de las campanas no comenzó sino hasta la una de la tarde, debido a que el sacerdote de la iglesia negó el permiso para que la gente subiera al campanario, pretextando que podría haber un accidente con los borrachos, decisión que hizo menear muchas cabezas con tristeza o enojo. Así pues, lo que debiera ser un continuo repicar fue sustituido por esporádicos tañidos a lo largo del día, suspendiéndose por completo en las noches.

Este día se empieza la preparación del típico mole de pipián o pascal; se prepara con pepitas, chile y pollo, y es considerado propio para niños, pues casi no pica. Antiguamente se acompañaba con aves como chachalacas o palomas de monte. Su preparación toma gran parte de la tarde y la noche. Simultáneamente, se elaboran los tamales de frijol toro y alverjón envueltos en hoja de papatlilla. Estos guisos deben quedar listos para el almuerzo del 1 de noviembre, así que en cuanto están listos, una parte es colocada en la ofrenda y el resto se consume entre los habitantes de la casa y los posibles visitantes.

Nuestros informantes totonacas refirieron que en tiempos pasados se colocaban juguetes, ropa y dulces en la ofrenda para los muertos niños, pero en la actualidad el único remanente de esta práctica es poner una barra de chocolate. Cuando concluía Todos Santos, una vez deshecha la ofrenda, la ropa era repartida entre los niños de la casa.

Este día nadie trabaja y las clases se suspenden; en el atrio de la iglesia se instalan algunos puestos de fruta, flores, juguetes, cohetes e ingredientes para los platillos tradicionales. Los comercios permanecen abiertos, aunque es poca la actividad en las calles. Grupos de hombres se reúnen en los portones de las casas, en donde toman cerveza y refino de caña (aguardiente, llamado también caña); muchos continúan hasta el día 3, por lo que no es extraño verlos totalmente alcoholizados tirados en las esquinas. Don Cruz refiere que la costumbre de poner en la ofrenda la caña vistiéndola un poco en cada una de sus esquinas, es antigua, pero que la gente antes no tomaba sino hasta que acababa Todos Santos.

Los ancianos totonacas que visitamos rememoran que en el altar también se ponían instrumentos de trabajo como machetes y ollas, y ropa tradicional, como calzón y camisa de manta, así como pañuelos en el caso de los hombres, o *quechquemets*, faldas, listones, aretes y collares en el caso de las mujeres.

En casa de don Cruz encontramos que la ofrenda incluía crema facial, espejitos y peines, así como morrales de ixtle y un sahumador o copalera que se encendía a intervalos regulares. Cuentan que también se solían poner canastas con bordes en rojo, mismas que se vendían en grandes cantidades para este festejo. Dichas canastas cumplían una doble función: servían para que los difuntos pusieran en ellas, de forma simbólica, lo que quisieran y para que al final de Todos Santos se llevara la comida y el refino de la ofrenda, para su consumo, a la visita a los compadres, donde a su vez recibían tamales, pan y fruta.

Actualmente, una parte de la población de Pantepec se ha convertido en evangelista, por lo que no ponen ofrendas y argumentan que de ella comen los diablos.

En la tarde y la noche del 1 de noviembre empieza la preparación del mole rojo, guiso que lleva chile ancho, chilpachole, plátano, pan, comino, pasas, almendras y carne de guajolote. Para esta ocasión se venden grandes cantidades de guajolote que la gente compra con antelación para cebarlo. La preparación del mole es lenta y requiere gran parte de la noche, por lo que muchas mujeres no duermen, pues el platillo debe estar listo para la mañana del 2 de noviembre, de tal modo que se pueda servir como primer alimento del día. Al igual que el *pascal*, se acompaña con tamales de frijol y alverjón.

A las 12 horas del día primero es el turno de que las almas grandes (de los adultos) sean liberadas del cielo. Estarán libres hasta las 12 horas del día 2 de noviembre. Por ser adultos, en la ofrenda se ponen cigarros y aguardiente; al igual que el día anterior, nadie trabaja y los compadres se visitan mutuamente, motivo por el que se consume mucho aguardiente y cerveza. Sólo algunos pocos dedican tiempo al arreglo de las tumbas familiares. Don Tachito cuenta que en este día se acostumbraba jugar a “agarrarse a limazos, naranjazos o mandarinazos”, suerte de guerra entre dos bandos formados por jóvenes y niños.

CUANDO SE MORÍA ALGUIEN SE LE HACÍA SU *COSTUMBRE*
Recuerda don Cruz Téllez que cuando alguien moría, se le velaba toda la noche y los conocidos del difunto asistían a su casa para rezar por el descanso de su alma; también recuerda que era convocado un rezandero experto.

[Al difunto] se le hacía su *costumbre*, que consistía en ponerle la mesa. Buscan su relevo, buscan unos viejitos si ya estaba viejito el señor que se muere [...] le están hablando ahí en la mesa [...] la adornan bien con cerveza, refresco o refino, ya le están bailando alrededor de la mesa, ya le dan su morral a su relevo del difunto [...] le echan ahí su pollo, su refino le echan, ya es *costumbre* de ellos. A estos relevos los buscan los caseros, la familia del difunto, les dan ropa blanca, su calzón, la señora igual ya le ponen su trenza, su listón, le completan todo [...] cuando se termina el *costumbre* ya los corren, ya vete de una vez le dicen, no vayas a seguir espantando en la noche le dicen, y ya se van nomás a sus casas, ya se terminó. Los relevos sólo están una noche.

Estos mismos “viejitos” o “relevos” son los mismos que aparecen en la Danza de Viejitos de San Toro.

Cuando todavía está tendido el difunto, se le pone comida; para ello se mata un pollo y se sirve con tortillas. Este bastimento es para que se alimente en su viaje al cielo. Al día siguiente, sale el cortejo y las campanas de la iglesia empiezan a repicar para convocar a los dolientes rumbo al panteón.

Al día siguiente comienza el novenario, reuniones donde se reza por el descanso del difunto. Durante nueve días, en la mesa donde comen todos, al difunto se le pone un plato con comida y un morral en la silla donde se sentaba. Esto responde a que el alma todavía está presente y no se irá hasta el término de la novena noche, fecha en que se dirige al cielo de forma definitiva, que es cuando “ya se va de una vez, se queda allá hasta el año, [que] se va al cielo [...] dicen que el que se muere de enfermedad se va al cielo” (su espíritu), que “el cuerpo se pudre pero el corazón ahí está brincando, es el que sale y se va al cielo”.

Al año del deceso el alma regresará a la casa, por lo que se le debe poner un altar igual al de Todos Santos, con ofrenda de comida y flores, además de una cruz de madera especial para la ocasión.

LOS VIEJOS

La noche del 31 de octubre salen *los viejos*, danza que no requiere de más organización que la de saber quién la bailará y quién tocará los sones. Don Cruz, don Domingo y don Tachito, los dos últimos tocadores de sones tradicionales con el violín, coincidieron en que *los viejos* son un “reemplazo de los difuntos”.

La Danza de los Viejos es exclusiva de Todos Santos y los participantes son señores de edad adulta. La falta de danzantes jóvenes se explica por la obligación de decir en totonaco los diálogos que requiere el baile. En estas fechas las familias se reúnen en torno al altar y en amenas charlas recuerdan a los finados, sus anécdotas, sus preferencias, lo mucho que los extrañan, etc. Esta forma de departir con los difuntos debe durar toda la noche y al igual que en una velación no se permite dormir; en el caso de las mujeres esto no es problema pues deben preparar los tamales y el mole. En tanto, *los viejos* tienen la importante función de ir de casa en casa manteniendo despiertos a los caseros que los reciben.

Los informantes enfatizaron la necesidad de prepararse con anticipación para la danza, pues hay que disfrazarse; acuden a la casa del músico, al que le llevan refino y le piden que los acompañe; éste debe corresponder al favor con su música. *Los viejos* salen la noche del 31 de octubre y la noche del 1 de noviembre. Don Cruz advirtió que antes *los viejos*, al igual que los santiagueros, debían abstenerse de acostarse con su mujer cuatro días después de bailar, pues es peligroso y se corre el riesgo de enfermar o incluso morir. *Los viejos* tienen la facultad de limpiar a los que los reciben; traen en su morral una copalera o *guachijarro* con la que sahúman a la gente, limpiándola e incluso curándola si se encuentra enferma. Esto se hace con la finalidad de que no les toque un “aire” en el carnaval que se realiza en el mes de febrero, ya que en esas fechas hay mucho “aire malo”.

La danza la conforman una o dos parejas de hombres disfrazados de viejos de diferente sexo, aunque es preferente que sean dos las parejas. Van casa por casa simulando una gran edad, caminando y bailando encorvados. Parte fundamental de la danza es la letra, que requiere del conocimiento exacto de los diálogos que deben ser pronunciados obligatoriamente en totonaco. El diálogo comienza cuando *los viejos* llegan a una casa preguntando al casero por su hijo; el casero los saluda y los deja pasar. Antaño los

acompañaba una tercera figura, a la que se le llamaba indistintamente el *patito* o *el hijo*; este personaje representaba al hijo o la mascota de la pareja de *viejos* y se quedaba afuera imitando el graznido de un pato y en determinado momento, al tocarse su son, entraba a la casa montado en zancos y bailaba en medio de *los viejos*, simulando comer el maicito que le echaban. Don Tachito refiere que además del pato había un personaje disfrazado de guajolote. Ambas representaciones han desaparecido y sólo algunos las recuerdan, atribuyéndole la pérdida a la dificultad de caminar y bailar con zancos.

Los viejitos son un relevo de los difuntitos, es decir, representan a los difuntos. Sobre el patito, don Tachito nos explicó que cuando una persona tiene un pato o un ganso, a su muerte el animal “se acaba también”, de tal manera que el pato que traen es el que tenían antes de morir.

Una vez dentro, *los viejos* anuncian tener hambre y piden de comer. Se les ofrece refino o refresco, aunque en otros años se les ofrecía parte de la ofrenda para que se la llevaran. La cantidad de sones que bailan depende de la cantidad de refino que el casero quiera darles. Los diferentes sones se van bailando conforme lo indican los danzantes al músico que los acompaña. Al tiempo que bailan entablan el siguiente diálogo:

–¿Qué vamos a sembrar?

–Aquí vamos a sembrar cebollas, ajos.

–¿Qué vamos a sembrar?

–Aquí vamos a sembrar eso, pero tócame un son para empezar...

La llegada de *los viejos* a la casa es un evento alegre. Son personajes jocosos que mueven a la risa; su movimiento exagerado, sus diálogos con alusiones picarescas, así como el continuo “calushtic, comadre, calushtic”, que se traduce como “báilele, comadre, báilele”, que dice *el viejo* a *la vieja* al tiempo que le pega con su bordón.

Los pasos no cambian a lo largo de los siete sones; son sencillos, descritos como de costumbre, valseados sencillos apoyados en su bordón, simulando ir sembrando.

Actualmente los danzantes son tachados de borrachos y es muy probable que sea la oportunidad para conseguir gratuitamente uno o dos litros de caña lo que los impulsa a bailar, así que en cuanto han logrado su objetivo se marchan.

La indumentaria consiste en vestirse de la forma tradicional totonaca, “como ya no se usa, porque son viejitos”: calzón y camisa de manta, botín negro, con una joroba de trapo y sombrero, en el caso del viejo; naguas, *quechquemetl* o rebozo y huarache, en el caso de la *vieja*. La ropa debe ser vieja y remendada. Ambos personajes son hombres y para ocultar su identidad se cubren con un trapo la cabeza, al que le perforan orificios para los ojos y la boca, además de pintarle cejas, bigote y barba. También traen un bordón o bastón alto que evoca a la coa para plantar. El disfraz del pato consistía en un gorrito hecho de carrizo grueso a manera de pico y una capa que debía mover el danzante como “aleando”.